

Don Pedro de Portocarrero

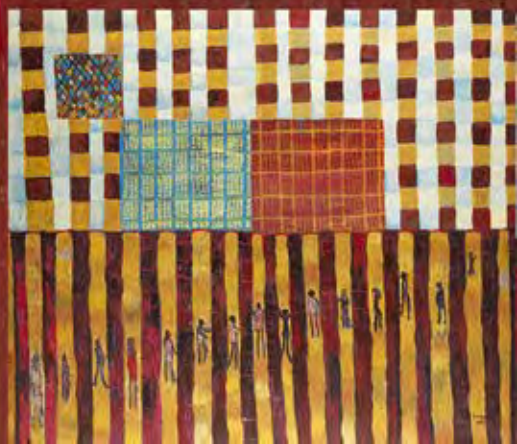
Crónica de sucesos
recuperados del olvido.

Luis Armando Suárez A.



EDITORIAL
ENTRETEJAS
www.entretejas.com.mx S.A. DE C.V.

Fundación de Comitán V Centenario



Don Pedro de Portocarrero

Crónica de sucesos recuperados del olvido.
Fundación de Comitán en 1527

Luis Armando Suárez A.

Portada: Collage de obra al
óleo de Sebastián Sántiz.

Prolegómenos

El 10 de julio de 1527 Don Pedro de Portocarrero fundó San Cristóbal de Los Llanos, lo que hoy es Comitán, Chiapas, varios meses antes de que Diego de Mazariegos fundara Chiapa de Corzo y San Cristóbal de las Casas. Mucho se desconoce de estos sucesos; por ello cobró para mí primordial importancia ir desentrañando esta historia que ha permanecido ajena, en general, a los pobladores de lo que hoy es Chiapas.

¿Cómo me enteré de estos sucesos ocurridos en nuestra historia cinco siglos atrás? Todo comenzó en agosto de 2004 cuando tuve oportunidad de asistir a un Primer coloquio maya tojolabal y chuj en la Casa de la Cultura de Comitán. La cultura tojolabal, una rama del maya, ha sido un tanto soslayada; apenas en los años recientes ha ganado terreno su estudio y comprensión, pero de ninguna manera se equipara con lo que han significado los estudios referidos a tsotsiles y tzeltales. Debo mencionar también que otra lengua derivada del tronco maya y hermana, o prima hermana del tojolabal es el chuj, cuyo estudio bastante va a la zaga de la lengua de los pueblos mencionados anteriormente. Así que mi interés por asistir al encuentro se derivó de que se trataba de tojolabales y chujes, pueblos originarios que se encuentran en el entorno de Comitán.

A ese evento se dio cita lo más granado de los especialistas en el tema, quienes tenían previsto llevar a cabo un merecido homenaje a la Dra. Gudrun Lenkersdorf.

Fue la primera vez que oí pronunciar su nombre aunque ya sabía de la existencia y el trabajo -como lingüista- de su marido, el Dr. Carlos Lenkersdorf, autor del *Diccionario tojolabal-español*, quien se había dedicado durante años a inves-

Luis Armando Suárez A.

tigar los pueblos autóctonos de la región de la meseta comiteca y las cañadas, y podríamos decir que fue el iniciador del rescate del tojolabal como materia de estudio.

Uno de los participantes en ese coloquio fue el Dr. Mario Humberto Ruz, con quien tuve oportunidad de charlar en aquella ocasión en los corredores de ese hermoso edificio, frente al parque central de Comitán, que es la Casa de la Cultura.

Mario Humberto Ruz fue quien me habló por primera vez de *Génesis histórica de Chiapas. 1522-1532. El conflicto entre Portocarrero y Mazariegos*, escrito por la Dra. Gudrun: su contenido, según la sinopsis que me compartió Ruz sobre esa obra, me resultó fascinante. Se trataba de la fundación de mi pueblo natal a cargo de Don Pedro de Portocarrero, tercer Conde de Medellín. Nunca había escuchado esa historia. Ruz me indicó que el libro había sido publicado por el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, de donde la Dra. Gudrun era investigadora en el Centro de Estudios Mayas.

Ni tardo ni perezoso, a la primera ocasión que viajé a la ciudad de México visité, para entrevistarla, a la Dra. Gudrun -previa cita por supuesto-. Me obsequió una muy interesante entrevista en que me narró su experiencia en el Comitán de la década de los setentas. Según me contó, acompañó a su esposo en el trabajo lingüístico que realizó en la región y siendo ella historiadora de formación aprovechó para indagar algunas cosas sobre la historia de Comitán. También me explicó la fundación de San Cristóbal de Los Llanos a cargo de Don Pedro de Portocarrero en los linderos de la antigua Chonab o Balún Canán (actualmente Comitán), capitán enviado por Pedro de Alvarado, quien había conquistado Guatemala y fundado en 1524 Santiago de los Caballeros (lo cual está ampliamente documentado). Portocarrero llegó a lo que

hoy es Comitán y fundó San Cristóbal de Los Llanos, antes de que Diego de Mazariegos hiciera lo mismo con la conquista y fundación de Chiapa de los Indios (Chiapa de Corzo) y Chiapa de los Españoles (San Cristóbal de las Casas). El 1 de marzo y 31 de marzo de 1528, respectivamente, según la historia oficial.

El tema comenzaba a interesarme sobremanera. Por qué la versión oficial de la historia había ocultado la zaga de Portocarrero y el puñado de españoles e indios de diversas localidades (tlaxcaltecas, quichés, mexicas, etc.) que lo acompañaron en la mencionada expedición.

Luego de aquella para mí inolvidable entrevista con la Dra. Gudrun, compré en la librería del Instituto de Investigaciones Filológicas los únicos dos ejemplares que quedaban de *Génesis histórica de Chiapas. 1522-1532. El conflicto entre Portocarrero y Mazariegos*, publicado en 1993 por la UNAM y que en mi pueblo, y creo que aún en todo Chiapas -excepción hecha, imagino, de un pequeño grupo de académicos que lo poseía y conocía- era ignorado.

El argumento de los historiadores anteriores a doña Gudrun era que esa supuesta fundación se trató únicamente de la instalación de un campamento militar, por lo que la Dra. Lenkersdorf se dio a la tarea de realizar una profunda investigación de los hechos y demostrar que ocurrió en realidad una fundación en toda regla, como prescribía la normatividad y legalidad de la época.

En la entrevista referida la Dra. Gudrun me contó que su interés por la historia de Comitán se inició en cierta ocasión en que al ir ella caminando por el parque central del poblado se topó, al pasar frente a la puerta del Templo de Santo Domingo de Guzmán, con una gran cantidad de cajas de cartón,

desvencijadas, humedecidas, en cuyo interior había cientos de legajos de archivo. Se trataba del archivo parroquial y gran parte de la historia de Comitán contenida en aquellos "papeles viejos" que un cura ignorante había decidido tirar a la basura, para limpiar un poco la sacristía y las bodegas, donde se encontraban hacinados desde siglos atrás. Aunque ya gran parte de ese valioso archivo había sido enviado al basurero municipal y otra parte arrojada en la cueva de tío Ticho, doña Gudrun hizo las gestiones pertinentes para que esos documentos fueran a parar al archivo general del Estado, los cuales se encuentran ahora en el CUID de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, en Tuxtla Gutiérrez, capital del estado.

Puesto que durante mis estudios universitarios había leído y me había aproximado al trabajo de los cronistas y los padres evangelizadores, tanto a Cortés con sus *Cartas de Relación* como a Bernal Díaz del Castillo con su *Verdadera historia*, así como la obra del padre Las Casas, Motolinía, López de Gómara, etc..., me daba cuenta en esta ocasión de que esa misma historia de conquista y evangelización había ocurrido de manera similar en mi propio pueblo. Efectos de la llamada "microhistoria". Alguna vez escuché decir al poeta Roberto López Moreno que nuestros pueblos en Chiapas han tenido en su historia varias fundaciones, las prehispánicas y la española. Y pese a que había leído algunas cosas de Fray Francisco Ximénez y su *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la orden de predicadores*, de Antonio de Ciudad Real y demás autores de la Colonia que se habían referido a la región de Comitán y de las Chiapas, fue en aquellos momentos en que me di cuenta de que podríamos indagar un poco más allá de la Colonia e incursionar en los inicios españoles de Comitán. Fue una revelación que me

condujo a grandes satisfacciones, ahondó mi interés por la historia de mi pueblo, pero también me permitió sumergirme en la mentalidad de aquellos conquistadores y la opuesta visión de los vencidos, y ya no depender del todo de la tradicional historiografía que marca el epicentro de todo en la Conquista de México-Tenochtitlan y la zaga cortesiana, sino algo tan próximo como el descubrimiento de los orígenes fundacionales de mi terruño.

Aquella improvisada charla con el doctor Mario Humberto Ruz fue el principio de una larga y apasionante aventura, casi interminable, de mi parte, por los pasillos de la historia, sin saber que me iba meter entre las patas de los caballos de aquellos rudos conquistadores españoles capitaneados por Don Pedro de Portocarrero.

No sólo encantado, sino obsesionado por esta historia, y a pesar de que creía contar ya con el material suficiente para escribir una obra de ficción sustentada en algunos datos históricos fidedignos, quería tener realmente en mis manos el material histórico, documental, de los inicios de la fundación hispana de mi terruño, hurgar en la medida que fuera posible, conseguirla, en los archivos, en los escritos de los hombres contemporáneos de aquellos tiempos, cronistas principalmente. Luego de que doña Gudrun me había comentado que consiguió material para su investigación en las probanzas de méritos conservadas en el Archivo General de Centroamérica (AGC), en la ciudad de Guatemala, realicé un viaje hacia ese destino. Las "probanzas de méritos" fueron reportes que los conquistadores enviaron al rey explicando sus servicios y quehaceres en este Nuevo Mundo a favor de la Corona, con el propósito de conseguir beneficios o pagos por ello, principalmente en la prosecución de Encomiendas.

Dejé mi coche en La Mesilla, frontera más próxima de Comitán con Guatemala, en un estacionamiento público, y tomé un bus que fuera a la capital. Hacía muchos años que había estado la vez más reciente en Guatemala capital. No fue sino en 2008 que hice un viaje a Antigua, pero no me pasaba aún por la cabeza el indagar sobre el tema. En esta ocasión, 2011, iba disfrutando del colorido paisaje guatemalteco y sus etnias, de la accidentada orografía del país pero también de sus hermosas vistas que se ven a los costados de la carretera. Los recuerdos de infancia concurren de inmediato. Cuando a mis compañeros universitarios en la Ciudad de México les contaba que mi infancia en Comitán había sido un constante ir y venir a Guatemala con mis padres, y que para atender asuntos médicos era más fácil ir a Guatemala capital a consultar al Dr. Bífort por un problema visual de mi papá, que ir a la capital mexicana, no me creían. Inclusive el viaje a Tuxtla, para mi gusto infantil, era menos agradable que ir a disfrutar de los helados cremosos que las empresas transnacionales vendían ya en Guatemala, los cuales aún no llegaban a Comitán. Y, por supuesto, la deliciosa gastronomía guatemalteca. Me lo ha parecido siempre, Guatemala es un maravilloso país sumamente disfrutable para ese ente tan variado que es el turismo; pintoresco, colorido, lleno de algo así como *Leyendas de Guatemala*, de Miguel Ángel Asturias.

Pues he ahí que logré mi cometido de ese viaje: pude consultar el Archivo General de Centro América (AGC) en busca de información y encontré la Probanza de Méritos de nuestro personaje y ciertos papeles de Antón de Morales, quien participó como escribano y notario en la expedición de Portocarrero:

Portocarrero escribe cierta Probanza de Méritos al rey Felipe II, a posteriori, para narrarle los sucesos acaecidos en aquellos años de 1527 y 1528 en la región de Los Llanos.

Viris, armisque nobilem Hispaniam

(Con hombres y armas la noble España)

Epítome de la Historia de Tito Livio, Lucio Anneo Floro.

Sacra Católica Cesárea Majestad, don Felipe de Borbón, tó-mese esta declaración de Don Pedro de Portocarrero, Tercer Conde de Medellín, residente actualmente en el Perú, año de 1548, como una exhaustiva y muy verdadera narración de los hechos ocurridos en la fundación de San Cristóbal de Los Llanos, el 10 de julio de 1527; el cometido que nos condujo allá para beneficio de su preclara persona y de cómo fuimos despojados indebidamente del derecho de fundación por parte de Diego de Mazariegos.

Sírvase tomar en cuenta su Majestad que la casa de Portocarreiro, como casa nobiliaria originaria de la Corona de Castilla, sirve desde el siglo XIII a vuestros propósitos desde que mi antecesor Martín Fernández de Portocarrero fungía como paje del Rey Sancho IV y luego de Fernando IV. Al concluir la Reconquista contra los moros estuvimos en Andalucía procedentes de Galicia y el reino de Portugal, para posteriormente asentarnos en Castilla, por lo cual fuimos nombrados “ricos-hombres” y “grandes” de España. En 1453 tomamos posesión como Condes de Medellín debido a mi abuelo Don Rodrigo Portocarrero y Monroy, Primer Conde de Medellín, Repostero Mayor del Rey Juan II; le sucedió mi padre D. Juan Portocarrero y Pacheco, Segundo Conde de Medellín y Repostero Mayor del Rey Enrique IV. Tómesese

Luis Armando Suárez A.

también en cuenta que dentro de nuestra noble casa se encuentran el Señorío de Moguer, el Condado de Palma del Río y el Marquesado de Villanueva del Fresno. Luego de mencionar dichos antecedentes, me apresto a narrar los sucesos que he de exponer a vuestra real consideración:

En 1519 establecí comunicación en Sevilla con Alonso Hernández Portocarrero, primo de mi padre D. Juan Portocarrero y Pacheco, segundo Conde de Medellín, en ocasión de que había venido mi tío a buscar a la Corte a vuestro padre el Rey Carlos, que a la postre se hallaba en Valladolid. Mi tío Alonso venía junto con Francisco de Montejo en una embajada enviada por parte del Capitán Hernando Cortés para presentar y mostrar a nuestra cesárea majestad Don Carlos las maravillas que en el nuevo mundo habíanse encontrado. Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo habían sido nombrados los primeros procuradores por el Cabildo de la recién fundada Villa Rica de la Vera Cruz. El experimentado piloto Antón de Alaminos los condujo de la Villa Rica de la Veracruz a Sevilla, tras una ardua travesía por la mar océano. Los dos embajadores debían ir a la Corte, entregar el quinto real y espléndidos regalos para negociar el apoyo de la Corona para la empresa de Cortés y privilegios para los conquistadores. Las primeras muestras de “tesoros de la Nueva España” ocurrieron entonces. Objetos que los conquistadores habían rescatado a lo largo de la costa de Yucatán y Tabasco, así como de obsequios que Moctezuma les había enviado para persuadirlos de no avanzar hacia México-Tenochtitlan.

Alonso de Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo hallaron la corte en Valladolid, tras una larga travesía por tierras castellanas. Ahí presentaron a nuestra Alteza,

Don Carlos, según me contó mi tío, una carta del capitán Cortés en que le daba cuenta y razón sumariamente de todo lo sucedido hasta allí desde que salió de Santiago de Cuba; de las pasiones y diferendos entre Cortés y Diego Velázquez, de las cosquillas que andaban en el real, de los trabajos que todos habían padecido, de la voluntad que tenían a su real servicio, de la grandeza y riquezas de aquella tierra, de la esperanza que tenía de sujetarla a la corona real de Castilla; y ofrecióse a ganarle a México, y a haber a las manos al gran rey Moctezuma vivo o muerto; y al fin de todo le suplicaba se acordase de hacerle mercedes en los cargos y provisiones que habría de tener en aquella tierra, descubierta a costa suya, como remuneración de los trabajos y gastos hechos.

Nadie mejor que mi tío Alonso para despertar la curiosidad de aquel joven imberbe que yo era. Contando con 19 años de edad y habiendo ya pasado mi primera juventud en medio de lecturas y habiendo acompañado en la Corte a vuestros regios y recordados abuelos Fernando e Isabel, como parte de la formación que todo aristócrata castellano debía tener para servir mejor a Dios y a la Corona; y habiendo acompañado también a su Majestad el rey Carlos en aquella célebre ocasión en que fue coronado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en Aquisgrán, así como habiendo también realizado yo, vuestro vasallo, ciertos viajes a diferentes ducados italianos donde pude aprender algo más que dos ochavos de lengua toscana y trabar conocimiento de que ahí se gestaba una nueva época de la humanidad, en que imperase el Humanismo de los Petrarca, Castiglione, Maquiavelo, Miguel Ángel, Leonardo Da Vinci, Rafael Sanzio y demás pensadores y artistas de aquellas tierras, quienes soñaban con un nuevo mundo aún no descubierto pero ya

pensado, imaginado casi y creado en la mente de aquellos, la existencia de una lejana isla nombrada Utopía, llamada así por un clérigo británico llamado Tomás Moro.

Por todo ello, cuando escuché las narraciones de Alonso Hernández de Portocarrero, aquel tío mío, que hablaban de un nuevo mundo, de cosas jamás vistas ni imaginadas tampoco, fabulosas incluso, despertó mi irreprimible interés por presenciar dichas maravillas, amén de que también, a la vez, servía a la causa real de vuestra Sacra Majestad para conquistar aquellas lejanas tierras y a sus pobladores de extraño porte y presencia. Imaginaos muy poderoso Señor.... lo que mi imaginación desaforada esperaba encontrar allende los mares, luego de las lecturas que había tenido del *Libellus vere aureus, nec minus salutaris quam festivus, de optimo reipublicae statu, deque nova insula Utopia*, de Tomás Moro. (Librillo verdaderamente dorado, no menos beneficioso que entretenido, sobre el mejor estado de una república y sobre la nueva isla de Utopía).

Fue así como hablé con mi progenitor, Don Juan Portocarrero y Pacheco, Segundo Conde de Medellín, para solicitarle autorización para realizar el viaje al Nuevo Mundo; y con no mayor acompañamiento que mi brioso corcel Hamdani y con Yusuf, el caballero moro que me fue destinado y que lo fue también compañero de juegos y aventuras infantiles, nacido en tierras andaluzas; también eché carga de varias alforjas en que traje conmigo una serie de libros y manuscritos que supuse serían grata compañía en las ocasiones en que pudiese entregarme a mi pasión, la lectura. Partí de Sevilla hacia las Américas en 1522 en medio de un puñado de castellanos y uno que otro cuya condición de cristiano viejo hubiera sido difícil demostrarse.

Al llegar a La Española, camino a Espíritu Santo, nos llegó la noticia de que la gran México-Tenochtitlan -de la cual mis ojos alcanzaron en su momento a presenciar su magnificencia antes de quedar sepultada por la obstinación militar de borrar su poderío, para escarmiento de los demás pueblos levantiscos- ya había sido tomada por las fuerzas castellanas al mando del capitán Hernán Cortés.

No fue sino llegar a aquel lugar célebre y trabar conocimiento con Pedro de Alvarado, para enrolarme en su ejército y marchar a la campaña del Pánuco para combatir al Adelantado Francisco de Garay, Teniente de Gobernador de la isla de Jamaica, enviado para aprehender y castigar a Cortés por parte del gobernador Velázquez, convertido en acérrimo enemigo suyo.

Al regreso a la gran Tenochtitlan comenzó la campaña que he de narrar y que nos condujo, por instrucciones de Cortés y bajo las órdenes de Pedro de Alvarado, a la conquista del Xoconoshco, de Guatemala, y a la fundación de San Cristóbal de Los Llanos en las lejanas tierras de lo que con el tiempo llegaría a convertirse en la Provincia de Chiapas.

No habiendo podido participar en la Guerra de Reconquista impulsada por los Reyes Católicos, vuestros abuelos, pensé en que en aquellas lejanas tierras podrían revivirse aquellas triunfales gestas ahora contra los naturales, como una continuación de las afamadas luchas victoriosas contra los moros de Granada y toda la región de Andalucía.

Así partimos, con Alvarado, hacia la mar del Sur a seis días del mes de diciembre de 1523 años a aquella memorable expedición -aunque no cabalmente narrada ni cantada como hubiera merecido- con ciento y veinte de caballo y trescientos peones, ciento treinta ballesteros y escopeteros; cuatro

tiros de artillería con mucha pólvora y munición, así como algunas personas principales y mucha tropa de los indios naturales de México-Tenochtitlan, Tlaxcala, Cholula, Texcoco y Xochimilco. Pero, sobre todo, armados de valor indestructible para enfrentar a los miles de naturales que saldrían a nuestro paso por aquellas lejanas e ignotas veredas y con el noble aliento de llevar a aquellas almas el conocimiento de nuestra verdadera religión y los beneficios de la corona que se posa no sólo sobre vuestros hombros sino sobre la testa toda de vuestra Sacra Majestad y que, a decir de la totalidad de vuestros súbditos y de vuestros enemigos galos y britanos, portáis con gran dignidad y realeza.

Cortés le había encomendado a nuestro capitán Alvarado tuviese siempre especial cuidado de hacerle larga y particular relación de las cosas que viese y acaeciesen, para que las remitiese pormenorizadamente al rey Don Carlos y quedase como constancia de que las gestas realizadas en estas lejanas tierras no iban a la zaga, sino a la par, de aquellas que vieron los antiguos tiempos en que los caballeros marchaban hacia la Jerusalén para recuperarla y, particularmente, al sepulcro sagrado para hacer imperar en todo el orbe la Fe Católica. Aquestas relaciones dictadas por Alvarado estuvieron mucho tiempo en mis manos y entre mis haberes, tratándose de luengos documentos que por mucho tiempo porté y que según recuerdo fueron dejados en Santiago de los Caballeros antes de que partiésemos al Perú, siempre con Alvarado, después de lo ocurrido en estos acaeceres que me congratulo en narraros.

Cortés había comentado a Alvarado, en su momento, que hasta más de cien personas de los naturales de Utatlán y Guatemala habían llegado a ofrecerle vasallaje, enviados

por parte de los señores de aquellas tierras surianas, luego de haber tenido noticias de la derrota y toma de México Tenochtitlan. Pero dichos pueblos no tuvieron posteriormente aquella voluntad manifestada originalmente y comenzaron a asolar la provincia de Xoconoshco, a muchos de los pueblos de esa región, y de otra que se dice de Chiapa, por lo que nos encomendó marchar prestos a imponer la paz y establecer poblados que tuviesen para sí las leyes y costumbres de la cristiandad.

Para conseguir aquesto, Cortés había enviado hacia las Hibueras, por mar, con cierta armada de navíos y hombres de guerra, a Cristóbal de Olid; y a nosotros enviónos, bajo las órdenes de Pedro de Alvarado, a las provincias de Soconusco y Guatemala, con la instrucción de que si “estrecho no los parte” se reuniesen Olid y Alvarado con sus respectivas fuerzas allende aquellas tierras para integrar una sola con que se tomase mejor y absoluta posesión de aquellos territorios. Nuestro capitán Cortés tenía previsto implementar una estrategia de cerrar pinzas con ambas comitivas para apoderarse de todo el territorio tras el cual marchábamos.

Y no se trataba, no, los que íbamos, aunque así lo hubiera querido yo, de similares a aquellos caballeros que acompañaron al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba y Enríquez de Aguilar, en su campaña a Italia y que montaban jacas de Jerez y Marchena, que llevaban armas claras como carbúnculos, cuyas sillas de montar tenían cordobanes labrados prolijamente, cuyas espuelas eran de Ajofrín o de Ocaña, tanto si montaban a la brida o a la jineta, si perfumaban sus guantes con ámbar, si prodigaban la seda, el brocado, las pasamanerías, el punto de Milán y las plumas. No fueron

tales mis acompañantes sino hombres rudos, puesto que no lo eran de los que visten con primor sino hombres dispuestos a pelear como soldados y a trabajar como gañanes. Tal era elpreciado destacamento, al cual tampoco yo podía recompensar en los triunfos como lo hiciera el gran Capitán que, según se dice, fue espléndido con sus acompañantes y repartió a todos partes en dineros, entre los soldados, parte en piezas de brocado, telas de oro, muchas piezas de seda y rasos, damascos y paños de grana, caballos muy hermosos, tiendas labradas, muchas armas muy ricas y bien decoradas, camas de campo de brocado, de carmesí y de seda, y de tafetanes de colores, que los mercaderes de Valencia, de Córdoba, de Toledo, de Medina del Campo, de Sevilla, de Granada y de otras muchas partes, quienes por ganar en ello, como ganaron, las habían proveído. En cambio, aquí, en estas lejanas tierras, sin ese tipo de mercancías ni de mercaderes, en medio de guerres naturales, nada podía hacerse sino esperar la recompensa algún día futuro y que fuese no más allá que una considerable porción de tierras y los menestrales que habrían de trabajarla de entre los indios naturales; una Encomienda pues, dicho en pocas palabras. Pese a la desilusión y los peligros en que andábamos, no había sino seguir adelante sin detenernos. Y fue así como iniciamos la travesía que nos llevó a las maravillosas tierras del Soconusco y la gran Guatemala, tierra de kichés y kakchiqueles, y de quienes posteriormente me referiré para narrar sus modalidades, costumbres, intenciones, conocimientos y artes de guerra impresionantes.

Puesto que Cortés había recibido noticias de que un pueblo guerrero estaba hostilizando a sus aliados mexicas en el Soconusco, enviémos con Pedro de Alvarado a la cabeza a tomar noticias directas de los sucesos. Cuando estuvimos ya

en Soconusco, se acercaron los indios de muchos poblados así llamados kaqchikeles a pedir disculpas a Alvarado y explicarle que no eran ellos los hostiles sino otro pueblo denominado Kiché.

Los kaqchikeles, que eran gobernados desde la fortaleza de Iximché por los señores Cahí Ymox y Belehé Qat., como muestra de buen gesto y verdad, le dieron a Alvarado cinco mil hombres cargados de ropa, cacao –he de decir de este tal producto de la tierra que es muy valorado por los naturales, que lo toman en forma de chocolatl endulzado con miel de abeja o sazonado con chile picante, y que es un poderoso energizante y sumamente vigorizante por lo cual lo consumen los señores de estas tierras quienes poseen regularmente una corte de doncellas y barraganas; también es este cacao moneda corriente en los mercados de esta gente-, además de maíz, ají, aves y otras cosas de comer y veinte mil pesos de oro en vasos y joyas para convencerlo de sus leales intenciones. Aquellos cinco mil hombres cakchiqueles reforzaron nuestra expedición de tal suerte que nos dieron ánimos enormes y necesarios arrestos para afrontar la campaña armada.

A partir de ese momento cobraron efecto sobre mí aquellas palabras que Hernán Cortés le había expresado a Alvarado cuando le ordenó verificar informes recibidos de que a donde nos dirigíamos había “muchas y muy ricas y extrañas tierras y de muchas y muy diferentes gentes”, que a cada paulatino paso de nuestro avance fuimos confirmando.

Alvarado era ya en ese momento un comandante militar experimentado, de unos 38 años de edad, había aprendido de Cortés la forma más efectiva de reunir las tropas a su disposición, inspirándolos a realizar esfuerzos sobrehumanos, como los que a partir de ahí habríamos de realizar inspirados en su ejemplo.

Y fue así como la cuantiosa aportación recibida por parte de los cakchiqueles despertó aún más la ambición de Alvarado y lo convenció de emprender con mayor ahínco, para la obtención de aquellas riquezas vislumbradas mediante el sojuzgamiento de aquellos pueblos. Comenzó así la verdadera conquista de aquellas tierras el 13 de febrero de 1524, cuando cruzamos el río Suchiate -llamado así por la gente originaria de esos lugares- desde Soconusco y nos adentramos en territorio de Cuauhtemalla, llevando como guías a cakchiqueles que nos indicaron la configuración del terreno y el camino para llegar a la capital quiché de Utatlán.

Pero aquello no fue tan fácilmente posible puesto que para conquistar Utatlán debimos pasar por el amargo trance de convertirnos en blanco de un fuerte ataque de los kichés en la llanura de Xelahub, en que miles de feroces guerreros de aquellos naturales sucumbieron, pese a la prestancia de sus arcos y flechas, ante la preponderancia de nuestras nobles bestias, que jamás nunca antes habíanse visto por aquellas lindes ni en tales lides, y debido igualmente a la superioridad de nuestro acero y nuestras armas de fuego. Fue ahí en que nos las tuvimos que ver con ese capitán invicto de ellos, que portaba un portentoso traje de hermoso plumaje, llamado Tecun Umán, quien demostró valor supremo y arrojo inaudito al no aceptar la propuesta de rendición por parte de nuestro capitán Alvarado, ante cuya espada sucumbió finalmente.

Posteriormente, y luego de esta gran victoria, el camino parecía desbrozarse para nuestro ejército, pero al irnos internando en aquellos territorios estuvimos a punto de ser derrotados debido a una celada en que pretendieron hacernos caer al abrirnos las puertas de Utatlán, a la cual habían nos

su carne, únicamente las frutas le agradaron. Pero éstas luego se volvían líquido, no podían sustentarle. Pensó Dios darle entonces a probar el maíz, y el maíz agradó al corazón del hombre, “entró a formar su carne”. Por eso el maíz es nuestro alimento, porque de maíz es la carne del hombre.

No obstante, el alimento formador no se encontraba, parecía haberse agotado, el hombre penaba buscándolo. Un día vio a una hormiga arriera que transportaba algunos granos; y al caerle uno, el hombre observó que germinaba el maíz. Preguntó a la hormiga de dónde los obtenía, pero la egoísta no quiso confesarlo. El hombre le amarró entonces la cintura con un pelo de cola de burro y comenzó a apretarla hasta que, no pudiendo resistir más, el animalito confesó que los sacaba por la hendedura de un peñasco. Es por eso que la hormiga tiene la cintura tan delgada.

El hombre trató de sacar el maíz del lugar indicado, pero el acceso era demasiado estrecho, no le permitía pasar. Llamó en su ayuda al chojate' (pájaro carpintero) quien intentó taladrar la piedra sin lograrlo; invocó entonces el hombre al rayo y éste, accediendo a ayudarlo, solicitó al pájaro que se retirara, pero el necio siguió picando. Al lanzarse el rayo contra la piedra fue ya demasiado tarde, el carpintero sólo pudo agachar la cabeza que, desde entonces, le quedó roja por la quemada.

Al atravesar el rayo la piedra, cayó sobre algunos granos que quedaron negros; otros, que únicamente recibieron el fuego se volvieron rojos; los que tocó la luz se tornaron amarillos y los que estaban en el fondo siguieron siendo blancos. Es por eso que el maíz presenta varios colores y diversas tonalidades.

El hombre pudo al fin comer, pero sus problemas no ha-

bían terminado. La soledad empezó a cercarle. Cierto es que tenía a los animales por compañía, pero éstos no hablaban, no le comprendían, no eran sus semejantes.

Un día, no pudiendo más, se puso a llorar, y su tristeza fue tanta que partió su cuerpo en dos. Había nacido la mujer. El nuevo mundo, el nuestro, estaba por fin completo.

FIN

*Don Pedro de Portocarrero:
crónica de sucesos recuperados del olvido.*

Fundación de Comitán en 1527.
se terminó de imprimir en los talleres de

Editorial Entretejas, S.A. de C.V.

el 28 de Octubre de 2025.

Primera Edición. 500 ejemplares.

www.entretejas.com.mx

ISBN 978-607-59913-6-8



Luis Armando Suárez A. estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; editor, propietario de Editorial Entretejas; promotor cultural; realizador de Entretejas TV, la televisión cultural de Chiapas con 150 programas al aire en los que ha entrevistado a los académicos, creadores, historiadores y literatos más destacados de Chiapas. Es promotor cultural, ha sido dos veces director del Centro Cultural Rosario Castellanos de Comitán, Chiapas, y es creador del primer festival artístico y cultural de Chiapas, el Festival Balún Canán, del cual fue director de 1998 a 2001. También es creador del Festival de Cine Documental Centroamericano Chiapas Film Fest, del cual ha realizado 3 ediciones. Es autor también de los siguientes libros: *Joyas del Archivo Histórico de Comitán*; dos libros de artículos periodísticos y del catálogo de artes visuales: *Chiapas: nuevo recuento de artistas plásticos*.

